

REINTERPRETACIÓN DE LOS SOFISTAS

Los primeros Educadores Innovadores de Occidente.

La filosofía académica tradicional ha asignado un valor negativo a los sofistas griegos, contemporáneos de Sócrates, que surgen en Atenas en el siglo V a.c.

Recurriendo especialmente a fuentes filosóficas e históricas, se construye una interpretación de la cual los sofistas son presentados como pensadores de gran capacidad, e innovaciones sociales de evidente influencia tanto en su época como respecto a los siglos posteriores. Se postula que los sofistas fueron educadores con un sólido manejo del saber de su tiempo, profundamente vinculados a los problemas de la política y la cultura, que aportaron un nuevo sentido para concepto de educación. Cuyo resultado fue la transformación en corto lapso de todo el sistema educativo ateniense, con una nueva raíz en la formación del pensamiento y el lenguaje, y en una concepción constructivista del conocimiento.

LA PRIMERA GENERACIÓN DE SOFISTAS.

En sus orígenes, en la antigua Grecia, el vocablo sofista se utilizó para designar a quien se mostraba experto en alguna actividad. Podía ser la filosofía, la poesía, la música o la adivinación, pero siempre un sofista era un maestro de sabiduría, a alguien que se proponía hacer sabio a quien recibiera sus enseñanzas. Hombres célebres como los míticos *Siete Sabios de Grecia* fueron llamados sofistas, implicando con ello un profundo reconocimiento a su condición de hombres de excepción.

El filósofo Tales, hijo de Hexamias de Mileto, o el estadista Solón hijo Execécrides de Atenas, recibieron esta designación como una expresión clara de respeto y administración.

Todo esto sucedía todavía a la altura de la Olimpiada , (mitad del siglo V a.c.). Lo que se viene después es una cosa muy diferente. Llegan a Atenas hombres como Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontini, Pródico de Ceos, Hipias de Elis o Trasímaco de Calcedonia, a los que habría que sumar el nombre del ateniense Antifón. Todos ellos se atribuyen el calificativo genérico de sofistas y son reconocidos por desarrollar una influyente actividad intelectual. Luego, en virtud principalmente de la intervención de Sócrates, quien vivió contemporáneamente , y Platón, quien sin conocerlos personalmente recoge esta experiencia en sus diálogos,

el nombre sofista pasa a formar parte de la controversia y termina siendo una categoría infamante; más bien un estigma que pocos desearían para sí mismos.

En una época en que ya comenzaba a ser sospechoso el nombrarse sofista, Platón nos ofrece un testimonio en que Protágoras asume sin reservas su condición, haciendo al menos dudosa la misma interpretación que luego les asignará el papel de engañadores sin moral:

En cuanto a mí, tomo un camino opuesto; hago francamente profesión de enseñar a los hombres y me declaro sofista. El mejor de todos los disimulos es, a mi parecer, no valerse de ninguno; quiero más presentarme, que ser descubierto.(...) Ningún mal me ha resultado por hacer ostentación de ser sofista, a pesar de muchos años que ejerzo esta profesión, porque a mi edad podría ser el padre de todos los que están aquí.

La palabra sofista ahora tendrá un nuevo sentido, y ya no gozará del mismo prestigio. En síntesis, una buena palabra se fue transformando gradualmente hasta llegar a ser una expresión vergonzante e indeseable.

En distintos diálogos de Platón, en los que Sócrates actúa como personaje central, se califica duramente a los sofistas. En el Protágoras, por ejemplo, Sócrates aconseja a su amigo diciéndole: Vas a poner tu alma en manos de un sofista, y apostaré a que no sabes lo que es un sofista. Agregando luego: ¿No adviertes, Hipócrates, que el sofista es un mercader de todas las cosas de que se alimenta el alma?. En un dialogo posterior el sofista, se agrega una singular lista de descalificaciones: Cazadores interesados de jóvenes ricos, mercaderes en asuntos referentes al alma, fabricantes y vendedores al detalle de conocimientos, atletas que compiten con la palabra y se muestran hábiles en el arte de la disputa.

Platón reprocha a los sofistas el hecho de que sólo enseñan medios para alcanzar un fin, sin reparar en las exigencias de la moral. Los acusa de ofrecer, según conveniencia, el triunfo para el razonamiento débil por sobre el más fuerte, de hacer prevalecer la apariencia por sobre la realidad.

Algún tiempo después Aristóteles define define a la sofística como un arte de apariencia, completando ajeno a la verdadera sabiduría, y al sofista como aquel que comercia con una sabiduría aparente y no real. Para completar su contribución, inventa el término *sofisma* como sinónimo de falacia, mediante la cual se puede defender algo falso y confundir al adversario.

Así, el pasado luminoso del nombre sofista queda sepultado bajo una montaña de autoridad socrática, platónica y aristotélica. En la actualidad sofista equivale a demagogo, a un engañador que no tiene otra moral que su interés particular, a un traficante de apariencias.

La mayor parte de la información disponible sobre los sofistas es indirecta y fragmentaria. De sus obras, que debieron de ser numerosas, escasamente se conservan algunos restos no siempre fáciles de interpretar. En contraste, la obra del mayor de sus adversarios nos ha llegado en su totalidad. Parece haber buenas razones para sostener una nueva interpretación sobre el papel de los primeros sofistas, y conocer en ellos la categoría de educadores y el papel de grandes innovadores sociales.

Los sofistas no tienen en absoluto el carácter de un grupo cerrado y homogéneo. En modo alguno estamos hablando de una categoría uniforme o de una escuela organizada. Por lo contrario, hay numerosas diferencias entre los distintos sofistas. No se reconoce que la sofística es un movimiento que se prolonga hasta los primeros siglos de la era cristiana, y que posee una notable diversidad. El libro *Vidas de los sofistas*, escrito por el sofista Flavio Filostrato en el siglo III de nuestra era, incluye cerca de sesenta nombres provenientes de distintos lugares a lo largo de siete siglos. Observando esta galería de sofistas, en la que aparecen desde los ya mencionados Gorgias, Protágoras, Hipias y Pródico, hasta personajes de escasas significación histórica y mónico valor intelectual, es fácil reconocer diferencias, a partir de las cuales el mismo texto distingue entre sofistas genuinos y una sofística.

Precisamente uno de los aspectos poco reconocidos por el cual los sofistas diferían de sus contemporáneos, fue un mercado individualismo. Era usual en aquellos fundar una escuela, en donde se compartía una concepción del mundo y una forma de vida; pero esta situación no se reproduce en la experiencia sofística.

La filosofía académica ha presentado siempre a los sofistas como un todo, sin detenerse en distinciones, y ha reconocido sus distintos aportes a través de ciertos alimentos comunes tomados en mayor medida de los diálogos de Platón. Especialmente en los manuales de la filosofía aparece una pobre imagen de los sofistas, preparada con unos pocos datos elegidos sin mucha generosidad. Esa versión de caricatura, sin embargo, no puede resistir un análisis serio, porque en la práctica sólo ha considerado aspectos muy parciales del propio testimonio platónico. En muchos diálogos de Platón interviene distintos sofistas, y cualquier lector atento puede reconocer que se trata de intelectuales de suficiente categoría. En particular Protágoras y Gorgias están representados como pensadores muy sólidos y tremenda fuerza dialógica, al margen de las notables diferencias que mantuvieron con el genial filósofo.

Es efectivo que los diálogos de Platón contiene enérgicas acusaciones contra los sofistas, planteadas normalmente en términos generales, pero ello no impide el reconocimiento de algunos méritos particulares, tal como ocurre en los diálogos *Protágoras* y *Gorgias*. En ellos los sofistas que dan nombre al texto obtienen el respeto de Sócrates, quien, no por simple casualidad, se somete a los rigores del diálogo con unos interlocutores representados como hombres cultos y extremadamente hábiles.

En el *Menón* se retoma el tema de los sofistas y Sócrates habla de Protágoras, con frases muy duras.

Lo que yo sé es que Protágoras, por si solo, ha ganado más riqueza con este talento que Fideas, el autor discutido de tantas obras maestras, y otros escultores juntos.¡ Qué cosa tan extraña y sorprendente es esta que nos cuenta! Un remedón de zapatos viejos, un zurcidor de vestidos, no podrían aguantar treinta díasantes de traicionarse si devolvieran los zapatos y los vestidos en peor estado de cómo los recibieron, y ejerciendo este oficio, no tardarían mucho e morir de hambre. Protágoras, en cambio, habrá podido disimular a toda Grecia que está engañado y estropeando a los que se le acercan, que los hace partir de un lado peores que cuando los recibió, y esto durante más de cuarenta años.

Con una metáfora bastante expresiva, el filósofo inglés R.G Collinwood afirma que ningún escritor o pendador de mérito pierde su tiempo atacando un espantapájaros. Platón, probablemente el filósofo más importante de occidente, no hubiese mantenido esta vigorosa polémica con los sofistas, sino porque ellos fueron de algún modo importantes en su propio ambiente cultural y en sus motivaciones intelectuales más profundas. Gastón Gómez Lasa, el mayor especialista en filosofía platónica de nuestro país, admite una diferencia entre los sofistas del tiempo de Sócrates , y aquellos contemporáneos de Platón. Respeto de los primeros, opina que inspiración en Platón un gran respeto, en tanto que descalifica a los siguientes porque estima que son impostores que usurpan sus ideas de los filósofos jonios y de Sócrates.

En este sentido un primer paso consiste en establecer una diferencia entre los primeros sofistas, y todos sus discípulos y seguidores posteriores, que un conjunto de desigual calidad intelectual y muy difícil de someter a una misma interpretación. Hay bases sólidas para identificar una generación de sofistas, distinta de todas las siguientes, compuesta por pensadores pioneros de gran nivel y educadores decididamente innovadores, entre los cuales pese a sus diferencias existe un núcleo común. Algo así como un aire de familia, un parentesco espiritual, que les otorga una identidad específica.

En este grupo se incluyen los seis pensadores mencionados: Gorgias, Protágoras, Pródico, Hipias, Trasímaco y Antifón.

Respeto de otros nombres que ocasionadamente aparecen en algunas referencias, carecemos de datos o pertenecen a otras generaciones. Sobre estos primeros sofistas la información es desigual, en algunos caso excesivamente breve, y casi en su totalidad de fuentes indirectas, lo que obliga a considerar todo lo que se diga sobre ellos, con doble razón, sólo como una interpretación posible.

La existencia de un grupo de primeros sofistas parece fuera de duda, pero se puede discutir a propósito de su composición. El filósofo alemán Wilhelm Dithy habla de una primera y una segunda generación de sofistas, sin embargo sólo reconoce como miembros de la primera a Protágoras, Gorgias, Pródico e Hipias. Por otra parte, también existen dudas sobre Antifón debido a que éste y el orador del mismo nombre, que forma parte de los diez grandes oradores áticos, no serían la misma persona. Otros ubica a Pródico abriendo una segunda generación de sofistas, en la que se incluiría también Hipias. En medio de esta incertidumbre, son los nombres de Protágoras y de Gorgias en último los que resulta más seguro y fértiles.

El propósito de esta mirada es romper el estereotipo que ha reinado sobre los sofistas, y mostrar aspectos que permiten una imagen con más justicia, orientada a descubrir el carácter de *minoría activa* de la primera generación de sofistas. No es la idea retomar el sentido originario de la palabra sofista, pero sí recuperar para la reflexión una experiencia que podría aportar lucidez en la fundamental tarea de la autoconciencia, tan necesaria como escasa en la actualidad.

LOS SOFISTAS ENTRE DOS

GUERRAS

Protágoras y Gorgias los sofistas más ilustres de cuando tenemos noticia llegan a Atenas en la segunda mitad de su siglo.

Protágoras nacido en la Olimpiada 74, llevó una vida de maestro itinerante por toda Grecia por espacio de 40 años. Llegó a Atenas precedido de una gran fama como pensador y se convirtió de inmediato en una figura pública, ganándose la amistad del gobernante Pericles. Gorgias, por su parte, nació en la Olimpiada 73 y se sabe con certeza que llegó a la ciudad en calidad de embajador de Leontini. Flavio Filostrato lo llama el padre del arte de la sofística. Fue maestro de oratoria y hombres posteriormente célebres como Isócrates y Tucídides recibieron su influencia.

De Pródico, un verdadero maestro en el arte de la sinonimia, sabemos que también fue representante diplomático de su ciudad natal; y que consistió la consideración pública por su oratoria inspirada. En cuanto a Hipias, presente también en Atenas por ese tiempo, desarrolló una intensa actividad como errante. Poco se sabe de este sofista, pero hay interpretaciones que lo ubican en el nivel de un gran filósofo, al margen de ser muy versátil y orgulloso de su condición de hombre autosuficiente. Trasímaco, por último, fue un auténtico pensador de la política a juzgar por su participación en el Libro de *La República* de Platón, en donde defiende una provocativa concepción social de la justicia y el poder.

Todos ellos llegan a Atenas en algún momento después de la guerra con Persia, y aproximadamente antes del inicio de la guerra civil del Peloponoso. Originario de la misma ciudad, nacido en la Olimpiada 74. Antifón completa la lista con el mérito de ser el primer *logógrafo*, escritor de discursos, surgidos en la antigua Grecia. Recibieron sus lecciones Plutarco, Critias y Alcibíades.

Estos primeros sofistas comparten alguno rasgos comunes. El primero de ellos seguramente es su condición de maestros itinerantes que al llegar a Atenas ya habían acumulado una notable experiencia. Con la excepción de Antifón, sus recorridos por las distintas ciudades de la Hélade y sus colonias, debieron ser en cada caso el crisol en el que se forjó ese espíritu de pensadores libres, transgresores y de tono a ratos insolente. Sin restricciones, son profundos conocedores de la tradición filosófica y cultural helénica y grandes oradores. Mantiene un interés por el lenguaje que los distingue, y que resulta decisivo en sus aspiraciones de éxito como maestros.

El dato histórico, que los ubica llegando a la ciudad de Atenas al término de la guerra que enfrentó a los griegos con el poderoso imperio Persa, es de singular importancia. Los sofistas provocaron profundos cambios en el modo de pensar y en las costumbres de la comunidad de su época. Su contribución central está orientada a responder con una propuesta muy concreta las nuevas exigencias de la política ateniense abiertas después de la guerra.

Es una paradoja que a partir de una costosa confrontación bélica surgiera el mejor momento para el desarrollo de la cultura, en una democracia que ya tenía sus bases fundamentales desde el siglo anterior con la constitución de Solón. Estas nuevas condiciones de libertad fueron particularmente propicias para el desarrollo del pensamiento y ciertamente de la filosofía. Comúnmente se asigna este mérito en exclusividad a Sócrates, lo que ciertamente es exagerado.

La educación que recibían los jóvenes, resulta insuficiente frente a los requerimientos mayores que planteaba la formación ciudadana, la participación política y las pretensiones de una actividad intelectual extensa. Atenas fue la ciudad más culta de su tiempo, la verdadera capital intelectual de Grecia. A diferencia de lo que ocurría en Oriente o en Egipto, en donde la educación formal estaba destinada a algunas minorías selectas.

Sin embargo, lo que hoy llamaríamos la educación universitaria no existía en Atenas, faltaba todavía unas doce Olimpiadas, (cerca de medio siglo) para fundación de la Academia de Platón, la primera universidad del mundo, abrirá sus puertas en la Olimpiada 97.

Pero carecía de una institución de educación superior. En esas condiciones, son los sofistas quienes introducen una forma de educación independiente del Estado, apoyada en una relación formalizada entre maestro y discípulo, y en el uso sistemático, por primera vez, del libro.

Por esa época la participación del Estado en la tarea educativa. Gracias a su contribución, los poetas trágicos podían representar sus piezas teatrales y convertirlas en acontecimientos sociales, dado que toda la comunidad tenía acceso a ellas.

Hauser aplaude la independencia de los sofistas, su existencia libre y vagabunda, como un triunfo sobre el Estado disciplinario, que busca actuar sobre las conciencias. Sin embargo, al margen de cualquier exageración, es sin duda un hecho que los sofistas impusieron una nueva práctica educativa, que nunca pidió salvoconducto a ningún poder, creando con ello nuevos espacios de libertad personal. Por otra parte, puesto que el propio Estado ateniense, aun aceptando semejantes afanes de control, no se imponía la obligación de actuar frente a estas manifestaciones de individualidad, permitió que estas prácticas se excedieran.

Un rasgo valorable de la propuesta sofística es el desarrollo de una sostenida en el tiempo y formalizada entre maestro y discípulo. Desde luego, no se trata de sostener que recién ahora se producen auténticas relaciones de aprendizaje y formación. Sabemos que esto existía con mayor o menos formalidad en la tradición griega, pero jamás tuvo el carácter de un contrato libre y explícito. A título de ejemplo, por ese tiempo se encuentran escuelas pitagóricas esparcidas por muchos lugares de Grecia, pero constituidas bajo la forma de sectas cerradas en torno a secretos celosamente protegidos.

Los sofistas no revestían el conocimiento de ningún secreto, ni practicaban ritos de iniciación. Su enseñanza posee una gran similitud con la que se practica en la actualidad. Gorgias, por ejemplo ofrecía conferencias de manera regular y llegó a dictar cursos que se prolongaban por vario años. Werner Jaeger es enfático al sostener que el sistema griego de educación superior, tal como constituyeron los sofistas, domina actualmente en la totalidad del mundo civilizado, todo esto en virtud de un pago, lo que provocó una fuerte respuesta de Sócrates y de sus discípulos Platón y Jenofonte. No es simple desentenderse de la crítica socrática, pero sería irresponsable atribuirle hoy un carácter fundamental.

La cuestión central parece estar en el pago por aquella educación que aspira al desarrollo espiritual. Los honorarios no estaban reñidos con la moral ni con la dignidad en el caso de poetas, pintores, médicos, magistrados o escultores. Todo ellos, de acuerdo a las costumbres griegas, podían recibir dinero por su trabajo. Pero la enseñanza de la justicia y la virtud, y en general de la filosofía, eran otra cosa. En la perspectiva socrático-platónica debían seguir el camino de la libre inclinación, del diálogo informal y de las relaciones ocasionales.

Los sofistas pusieron término a todo esto. Acordaban un pago por sus servicios, Isócrates, un sofista contemporáneo de Platón asegura que ninguno de ellos llegó a tener una fortuna importante que sus ingresos jamás superaron una mediada discreta. Un aspecto verdaderamente llamativo de la educación sofista, es la incorporación del libro con propósito de enseñanza.

No se puede dejar al margen el dato que entrega Sócrates en el contexto de su defensa ante el tribunal que lo juzga por no creer en los dioses y corromper a los jóvenes, justo al inicio del siglo IV a.c. En la primera parte de su discurso, menciona que cualquier persona puede adquirir en Atenas un libro por la suma de un *dracma*. Para ello bastaba con dirigirse hacia la *orchestra*, una terraza semi circular en el mercado, a pocos pasos de la Acrópolis. Considerando que este coste no parece haber sido muy elevado, se puede suponer que ya en esa época había un activo comercio librario.

Por supuesto, el libro en esa época tenía la forma de un rollo de papiro. Pero lo sustantivo es que los sofistas son los primeros en hacer un uso sistemático del libro para apoyar sus lecciones. En una época de notables improvisadores, comenzó poco a poco a surgir el hábito de escribir los discursos, que luego pudieron ser utilizados con fines pedagógicos. Muchos de ellos seguramente de la pluma de Antifón, puesta al servicio de quien pudiera pagar. Como en otras materias, Sócrates tendrá una postura distinta a los sofistas en torno al libro. El gran maestro rechazó la escritura y fue ágrafo en todo el sentido de la expresión. No conocemos nada que haya sido escrito por él.

Sócrates reconoce en el diálogo la forma de intercambio filosófico por excelencia. Desde esta perspectiva desarrollada una posición crítica sobre el libro, al cual concibe como algo muy parecido a la puntura, por su incapacidad para contestar nuestras preguntas. Las palabras escritas mantienen el más solemne silencio, dice Sócrates, sin ser capaces de dar explicaciones, de defenderse o de asistirse a sí mismas. Todo lo anterior ocurre en Atenas en el espacio de unas pocas décadas. Un lapso privilegiado que se abre luego del término de la guerra con los presas y comienza su agonía con el inicio de la guerra civil contra Esparta y otras *Ciudades Estado*, llamada del Peloponeso. Corresponde a lo que se conoce como el siglo de Oro, que en realidad no de más de diez Olimpiadas (unos 40 años). La guerra del Peloponeso se desarrolla casi exactamente en el último tercio del siglo, coincidiendo en su inicio con una gran epidemia de peste que redujo considerablemente la población.

Principalmente a partir de la segunda guerra, muerto ya Pericles, se destaca la corrupción y comienza la era de las tiranías. Primero será la *Tiranía de los Cuatrocientos* y luego la *Tiranía de los Treinta*. Aunque de corta duración, provocaron un grave daño a la convivencia social y a la libertad de pensamiento. En una tradición penal en la que sólo se sancionaban las ofensas al culto, se enjuicia a Protágoras y al filósofo Anaxágoras a causa de sus opiniones. Protágoras es condenado por su libro *Sobre los Dioses*.

Más adelante se cometerán otros delitos contra la filosofía. El mayor de ellos, sin duda la condena y muerte de Sócrates.

LOS NUEVOS MAESTROS DE

GRECIA.

Debemos conocer a Hegel, particularmente a su libro *Lecciones Sobre Historia de la Filosofía*, publicado en 1833, el mérito de realizar el primer gran esfuerzo por intentar el papel de los sofistas. Hegel inaugura otra percepción respecto de los sofistas. Crea para ellos una nueva dignidad. Los convierte en los maestros de Grecia. Hegel es el primero en reconocer en esta experiencia la creación de una cultura que merece ser calificada de *Ilustración*. El pensamiento se declara libre de sí mismo, y sólo acepta lo que surge de sus propias determinaciones. Inversamente luego afirmará que los filósofos de la *Ilustración* son los sofistas de los tiempos modernos.

Antes de los sofistas los poetas aportaron, las normas básicas de conductas y los ideales de vida. Todos los criterios de formulación fueron entregados por poetas como Homero y Hesíodo. En la República de Platón se encuentra un testimonio claro de la importancia que tuvo Homero, cuando dice que fue el poeta que educó a la Hélade.

El mismo Karl Popper ha interpretado que la publicación de las obras de Homero se inicia verdaderamente la cultura europea.

Pero los sofistas removieron toda esta respetable tradición. No sin conflicto, crearon una nueva cultura en donde ya no será el respeto a la autoridad consagrada, sino el pensamiento, el que oriente la vida de los hombres.

Por primera vez en la historia de occidente se plantea el objetivo de formar personas autónomas con capacidad para pensar, y para intervenir lúcidamente en los asuntos públicos mediante el discurso. Se sustituye el prestigio de poetas, por la iniciación en la actividad del pensamiento y el conocimiento profundo del razonamiento y su expresión.

Era una época en que conocer la voluntad de los dioses sobre los sucesos presentes y futuros tenían la mayor importancia.

Así en estas condiciones irrumpe en el escenario este grupo de hombres cultos, creativos y llenos de iniciativa. Sólidos oradores, verdaderos pensadores sociales, se presentan como maestros itinerantes que ofrecen sus servicios e imparten sus enseñanzas a cambio de un honorario.

Un aspecto central de la enseñanza sofística, estaba constituido por aquel saber destinado a desenvolverse en la vida pública: la retórica. Por esta razón Hegel dirá que los sofistas son principalmente, maestros de elocuencia. La retórica en cantaba y seducía a los auditores por medio del discurso. Es una capacidad que surge como producto de la aplicación de un saber y no de un inexplicado talento. Aristóteles definió la retórica como la facultad de considerar teóricamente los medios posibles de persuadir o de prestar verosimilitud a cualquier asunto.

La retórica no fue una materia de estudio muy importante. Eso convirtió a los sofistas en representantes de la profesión más apreciada.

Pero la retórica no era un simple saber-hacer, una técnica de sencilla aplicación. Gorgias insistirá más adelante en que la retórica siempre debe de emplearse dentro de los márgenes de la justicia, e incorporará el término *kairos* el arte del momento oportuno.

Los griegos sentían un fuerte orgullo por su lengua, la que consideraban superior a cualquier otra y ciertamente la que marcaba la diferencia respecto a los animales y los pueblos bárbaros. Manejar bien el idioma, hacer sutiles distinciones, razonar con propiedad, elaborar y pronunciar hermosos discursos, no eran desde luego cosas triviales. Por el contrario pasaron a ser una parte esencial de la *paideia* griega.

LA EDUCACIÓN Y LA POLÍTICA.

Los sofistas son los creadores de una concepción consciente de la educación, la educación de los sofistas tenía una orientación muy clara hacia el empleo del pensamiento y las capacidades personales con fines prácticos, pero eso no agotaba su concepción de la educación.

Desde temprana edad los niños en Atenas escuchaban las hazañas de dioses y héroes de labio de su madre o

de alguna esclava niñera. Todo esto tenía el sello de lo informal y buscaba más información moral, que crear las bases para un futuro desarrollo intelectual. Inicialmente se interiorizaban algunos modelos asociados a la virtud y la belleza. Después, a la edad apropiada, se marchaba a la escuela de la mano del paidagoogos, un esclavo de confianza. Allí se aprendía el orden, la disciplina, así como la lectura, la escritura y el manejo de la lira, junto con perfeccionar el cuerpo mediante el ejercicio físico.

Es un intento exitoso de introducir un grado de formalidad en las relaciones de enseñanzas y formación, que no fue producto del azar ni estimulada sólo por un compromiso de pago. En uno de los fragmentos del texto Sobre Concordancia de Antifón se lee:

Lo primero para los hombres, creo que es la educación , pues si alguien realiza el comienzo de algo correctamente es casi seguro que su fin será excelente. Según la siembra así ha de ser la cosecha. Y si se deposita en un cuerpo joven la simiente de una auténtica formación ésta vive y florece a través de toda su existencia y ni la lluvia ni la sequía la destruyen.

Protágoras no se limitó a hacer un buen discurso con estas ideas. Sabemos que Pericles le confió la tarea de redactar una constitución para la colonia de Turios, recién creada en el sur d Italia. En ella el sofista definió una democracia que garantizaba la existencia y conservación de la clase media. Sin embargo, el aspecto medular de esa constitución fue la incorporación de un nuevo concepto de responsabilidad social en la educación. La carta fundamental creada por Protágoras establecía la instrucción escolar obligatoria para todos los hijos de lo ciudadanos, financiada enteramente con cargo al Estado.

Con Protágoras la sofística queda definitivamente a cubierto de la habitual acusación de desprecio por el bien común. Su discurso sobre las necesidades de la polis y la formación ciudadana es una prueba que no podemos dejar pasar.

Hay que diseñar una estructura para la convivencia y el de construir una verdadera comunidad que acoja a cada cual en su particularidad, comunidad que acoja a cada cual en su particularidad, dentro de los márgenes del espacio común definido. Este seguramente era un elemento de preocupación del pensamiento político. El historiador Tucídides h contado que Pericles al definir la constitución de Atenas, recoge como un aspecto central la obligación de respetar rigurosamente la ley, permitiendo que cada persona pueda vivir como quiera sin perjudicar a los demás.

UNA PROPUESTA EPISTEMOLÓGICA.

Se afirma que los sofistas no estaban interesados en el conocimiento, sino en los asuntos prácticos. Esto no es así; Perfectamente puede sostener que se interesaron en ambas cosas. Atender a los requerimientos de la vida práctica no está necesariamente en el conflicto con la búsqueda del conocimiento. Pródico es bastante asertivo cuando define al sofista como un ser intermedio entre filósofo y político.

El sentido común de la filosofía académica acepta sin mas que los sofistas se mueven en un nivel de superficialidad epistemológica, y siempre en los márgenes del escepticismo. Además, como golpe de gracia, se sostiene que en ningún caso se les puede comprar con Platón. Desde luego, nadie puede dudar que globalmente considerados como pensadores, ninguno de los sofistas, ni todos ellos en conjunto, resisten una comparación con Platón.

Lo que parece razonable es intentar reconocer lo que fue el aporte a los sofistas interpretando los escasos fragmentos disponibles, bajo el concepto de que probablemente son una y hebra perteneciente a una gran madeja que nunca conoceremos enteramente. Hay suficiente perspicacia en esos fragmentos, como para correr el riesgo de una interpretación en esa dirección.

Platón reprocha a los sofistas el hecho de que sólo enseñaban medios para alcanzar un fin, sin respetar ningún criterio de verdad y sin reparar en las existencias de la moral.

Los sofistas se proponían mirar siempre en direcciones opuestas simultáneamente. Sobre cada cosa pueden hacerse distintos argumentos, a favor y en contra. Es cierto, que rápidamente en Grecia esta forma de situarse en un extremo y en el otro derivó en la erística, que no fue otra cosa que una técnica verbal contenido real y una disputa intrascendente.

Platón en ningún caso está en disposición para aceptar verdades de carácter absoluto. Cada pueblo debe darse sus propias norma que obliga tanto al Estado como a cada ciudadano sobre la educación de los jóvenes,

Protágoras a creado una nueva realidad social, independientemente de cualquier tradición anterior.

El filósofo F.C.S. Schiller, quien junto a William James y Jhon Dewey es uno de los fundadores del pragmatismo, acostumbraba llamarse discípulo de Protágoras. Las posiciones del sofista tienen una estricta coherencia con una escuela que postula un concepto de verdad en relación. Una idea es verdadera cuando puede ser asimilada y validada en un sistema de realidades humanas.

La postura de Protágoras no es un aceptismo, como se ha repetido con tanta certeza. Una cosa es no suscribir una concepción de la verdad independiente de la experiencia, y otra distinta negar la posibilidad del conocimiento. Es muy probable que estas concepciones fueran parte del clima intelectual creado por los primeros sofistas.

Comparar esta proposición con la idea del hombre medida de Protágoras, o las proposiciones de Gorgias sobre el no ser, arroja una sensible diferencia. Estamos en presencia de una discusión mayor. Resultan ahora comprensibles los reproches de Platón en cuanto al desprecio por la verdad que mostraba los sofistas, y a su pretensión de generar a través del discurso en último término una creencia sin ningún fundamento, o sencillamente sin ciencia. Sin embargo, resulta igualmente comprensibles las posiciones de los sofistas, quienes sostienen una postura de poderosas resonancias y de increíble valor actual. No existe una verdadera válida para todos los hombres, como tampoco existe, por ejemplo, una ley que llegue a tener el mismo significado en todos los casos.. aquel. Aquello que se considere bueno y útil, depende necesariamente de quien juzga y de las circunstancias en que esto ocurre.

Pero hasta con declarar el derecho y posibilidad de cada hombre, o de los hombres, a establecer su propia interpretación. Hegel ha dado un paso más allá, declarando que los sofistas debieron ser personas extremadamente cultas y plenamente consciente respecto de la estructura profundas del razonamiento. El crimen que se les atribuye, en cuanto a que logran deducirlo todo, debe entenderse como un fundamental hallazgo asociado al desarrollo y funcionamiento del pensamiento:

Sólo el hombre culto, que ha aprendido a razonar, puede de esta tremenda fuerza que reúne la palabra, el pensamiento y la acción. No sólo un discurso vacío, una forma sin contenido, lo que ofrecen los sofistas. Detrás del discurso que contiene una nueva propuesta para interpretar un hecho o conceptualizar un fenómeno, está esa materia prima que es el conocimiento y la autoconciencia. El conocimiento acerca del conocimiento. Lo que llamaríamos una meta cognición.

Así, la acusación frecuente en cuanto a que los sofistas hacían verdadero lo falso y aceptable lo moralmente repudiable, es una realidad muy inconsciente. Exige la capacidad reflexiva, el manejo del lenguaje y la posesión del conocimiento y la cultura.

Los sofistas rompieron la textura uniforme y coherente de la mirada privilegiada y dieron carta de ciudadanía a la diversidad. Paul Feyerabend afirma que el método de la educación, con el propósito de introducir a la vida, consiste frecuentemente en la enseñanza de algún mito básico cuya aspiración es encontrar credibilidad y acogida. Sin embargo, para que un mito no llegue a ser dañino para los hombres debe estar equilibrado con otros mitos. En este sentido, interpreta que los sofistas, en vez de contentarse con un solo mito, crearon muchos y así redujeron el poder que un relato bien contado ejerce sobre los cerebros de los hombres. Los sofistas incorporaron relatos alternativos para debilitar la supremacía de aquello que pretendían ocupar todo el territorio de la conciencia.

En el espacio abierto por esta epistemología debe ser entendida la polémica intervención de Trasímaco en el Libro I de La República. En medio de un intercambio cuyo propósito es definir la justicia, se produce la propuesta del sofista. Toda una provocación para el espíritu socrático.

EL DIÁLOGO CONTRA EL DISCURSO.

Estas diferencias estarán ciertamente reflejadas en todos los aspectos de la discusión. En una dirección y en la otra, las tensiones entre Platón y los sofistas se ubican en el terreno de una ruptura epistemológica.

Una expresión de esta fundamental diferencia se encuentra en las discusiones sobre el sentido y valor de la retórica. Está fuera de dudas que la retórica tenía un alto significado para la democracia oral de los griegos.

Solón abrió una alternativa que llegaría a tener la mayor importancia para el mundo moderno, al mostrar que con la oligarquía y la tiranía no estaban cubiertas todas las opciones de organización política. Con su constitución comenzó a perfilarse la democracia como una posibilidad enteramente distinta. Esta naciente democracia, fue creando una serie de instituciones que exigía distintas formas de participación a cada uno de los hombres libres de la ciudad. La política era parte natural de la experiencia cotidiana y se la cultivaba como algo normal y necesario.

Es fácil ver como la retórica llegó a tener un gran protagonismo. El uso de la palabra, más aun de la palabra fluida, profunda y persuasiva, era una herramienta insustituible. La democracia exigía la expresión pública de las opiniones, y no había otra manera sino el discurso dirigido a la ciudadanía reunida en asamblea.

Infortunadamente las cosas no caminaron siempre en forma tan cristalina. A la vuelta de unas cuantas Olimpiadas ya había muestras de corrupción y la democracia entera mostraba serias debilidades, que finalmente desembocaron en la tiranía y nuevamente en la guerra. En este punto es cuando Platón cobra la cuenta a la retórica, interpretando que degeneró en una práctica aduladora y populista, responsable de los grandes daños que sufrió la polis.

Hay suficientes elementos a esta altura para juzgar a los sofistas como auténticos pensadores, es llamativo el hecho de que utilizaran siempre el discurso como forma de relación intelectual. El elemento comunicacional fundamentalmente de los sofistas fue de preferencia el discurso, esto es, el monólogo. Paradójicamente los grandes defensores de la construcción social de la realidad, recurren a una herramienta que descansa en la expresión de una propuesta terminada y presentada en términos unilaterales el discurso tiene el sentido de lo lineal y ciertamente no favorece el intercambio.

El diálogo, en consecuencia, es por definición un proceso persuasivo y educativo. No existe en él nada que se parezca a la imposición o la amenaza. Por el contrario, el diálogo evoluciona en la medida en que los interlocutores se dejan seducir por los argumentos, acoge determinadas propuestas o admiten algún tipo de contradicción.